

JAIME BAYLY

Los genios

Galaxia Gutenberg

He escrito cinco libros tratando de descifrar cómo soy yo, quién soy. Y todavía no lo tengo claro. Pero hay algo que sí sé: soy el mejor amigo de sus amigos, y ese primer puesto no me lo dejo quitar de nadie.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ,
«El regreso a Macondo», *El Espectador*, 1971

Algo que se aprende, tratando de reconstruir un suceso a base de testimonios, es, justamente, que todas las historias son cuentos, que están hechas de verdades y mentiras.

MARIO VARGAS LLOSA,
Historia de Mayta, Seix Barral, 1984

—¡Esto es por lo que le hiciste a Patricia! —gritó Vargas Llosa.

Ofuscado, tembloroso, el ceño fruncido, la mirada turbada por el rencor, el puño apretado, preñado de rabia, Vargas Llosa acababa de golpear en el rostro a quien había sido su amigo, vecino y compadre, García Márquez, quien, al verlo en una sala reservada, declarando a la reportera María Idalia, del diario *Excelsior*, en el auditorio de la Cámara Nacional de la Industria Cinematográfica de México, a la espera de que proyectasen, en función privada, sólo para periodistas, un documental, *La odisea en los Andes*, cuyo guion había escrito el propio Vargas Llosa, se acercó con los brazos abiertos, deseando abrazarlo, diciéndole, en tono risueño, fraternal:

—¡Hermano! ¡Hermanazo!

Pero Vargas Llosa no había acudido a esa sala de cine para saludar a García Márquez, menos aún para abrazarlo, tampoco para ver el documental. Había concurrido para hacer justicia con sus propias manos. Era un hombre atormentado por una misión, poseído por las fiebres de la venganza, listo para redimir su honor mancillado: por eso miró fijamente a García Márquez, apretó el puño como si fuese una granada, como había aprendido a cerrarlo en los pleitos desiguales del colegio militar donde estudió, se puso a distancia conveniente y lanzó un rechazazo fulminante, una trompada brutal, un iracundo puñete larvado en meses, un golpe que derribó a García Márquez y lo dejó inconsciente, los anteojos rotos, la nariz sangrando por el raspazo del anillo matrimonial de Vargas Llosa, el ojo izquierdo amoratado. Caído, noqueado y sin conocimiento García Márquez, su esposa Mercedes le gritó a Vargas Llosa:

—¿Qué has hecho, estúpido? ¿Qué le has hecho a Gabito?

Enseguida se arrodilló para socorrer a García Márquez, secundada por la escritora mexicana Elena Poniatowska.

—¡Es por lo que le hizo a Patricia! —gritó Vargas Llosa, aliviado de exorcizar sus demonios con aquel mandoble de derecha y, al mismo tiempo, abochornado de sucumbir a los dioses irracionales de la violencia, en medio de tantos periodistas que esperaban la proyección de un documental sobre un accidente aéreo en los Andes, un equipo de rugby uruguayo que, para sobrevivir, tuvo que comer los restos de sus compañeros muertos.

—¿Y qué le hizo Gabito a Patricia? —preguntó Mercedes, de rodillas, mientras abanicaba a su esposo, que había recobrado el conocimiento y miraba a Mario con estupor, como si no lo reconociera, como si nunca lo hubiera conocido de veras, ni siquiera cuando eran vecinos en Barcelona y vivían a una cuadra uno del otro, en el barrio de Sarrià, y se veían todos los días después de escribir.

Pero Vargas Llosa, tieso, exaltado, no respondió y se alejó. Se encontraba solo, aunque solo con sus demonios, solo con sus fantasmas. Su esposa Patricia, sin saber que Mario emboscaría a García Márquez aquella noche, se había quedado en el hotel Génova de la capital mexicana, pues no tenía ganas de ver un documental sobre los sobrevivientes de un accidente aéreo que comían los restos de sus amigos muertos.

—¿Cómo se te ocurre que voy a acompañarte a ver esa película espantosa? —le dijo a Vargas Llosa en el hotel, cuando este se alistaba para salir—. ¿Ya te has olvidado de Wandita? ¡Yo no puedo ver películas de aviones que se caen!

Wanda, Wandita, la hermana de Patricia, un año mayor que ella, había muerto en un accidente aéreo, doce años atrás, en un vuelo de París a Lima, ciudad en la que pensaba casarse: el vuelo de Air France se precipitó a tierra en una isla caribeña, Point-à-Pitre, Guadalupe, y Wanda Llosa perdió la vida con apenas dieciocho años, y fue el propio Vargas Llosa quien viajó al Caribe a reconocer los restos de su prima hermana para luego llevarlos a Lima a darles sepultura. Un año después, se casó en Lima con su prima Patricia Llosa, la hermana menor de Wanda.

—Hay que llevar a Gabito ahora mismo a la carnicería para ponerle una chuleta en el ojo —dijo Mercedes.

Su amiga Elena Poniatowska sugirió un restaurante de hamburguesas cerca del auditorio, al que acudieron de inmediato, García Márquez herido, sangrando por la nariz, miope, sin anteojos, pero riéndose como si saliera de una comedia negra, con desparpajo caribeño, con invencible cinismo. Pidieron un filete crudo.

—Yo no vendo carne cruda —dijo el dueño—. Yo sólo vendo mi carne después de freírla.

—Entonces vamos a mi casa —sugirió la fotógrafa mexicana María Luisa Mendoza, quien también los acompañaba—. Yo tengo carne en la refrigeradora.

Subieron los cuatro, García Márquez, Mercedes Barcha, Elena Poniatowska y María Luisa Mendoza al coche de esta última. Al llegar a su apartamento, Mendoza le puso un filete a Gabriel en el ojo morado, Gabriel tendido en el sofá, los ojos cerrados, como un buda malherido, el perro de Mendoza queriendo arrebatarle el bisté.

Mientras los García Márquez se recuperaban del violento incidente, Vargas Llosa, acompañado por un periodista peruano, Francisco Igartua, se dirigía en taxi al hotel Génova, sin saber que ya alguien había llamado a Patricia desde un teléfono público para contarle el chisme:

—¡Mario acaba de noquear a Gabo! ¡Lo tumbó, lo dejó tirado en el piso! ¡Le dijo: esto es por lo que le hiciste a Patricia!

—¿Le hiciste algo a Patricia? —le preguntó, curiosa, Elena Poniatowska a García Márquez, mientras le sobaba el ojo con la chuleta.

—¡Jamás! —dijo García Márquez—. ¡Cómo se te ocurre! Yo soy salchichón de un solo hoyo.

—¡Imposible! —añadió Mercedes, con una sonrisa maliciosa—. A Gabito sólo le gustan las mujeres guapas.

No era la primera vez que Vargas Llosa derribaba de un golpe seco y brutal a un hombre, dejándolo tendido, inconsciente. Había aprendido a pelear, a dar trompadas, a recibir palizas, a noquear a unos enemigos más robustos y procaces que él, en el

colegio militar, en Lima, en un internado bárbaro, salvaje, donde, nada más entrar con apenas catorce años, cuando era un alumno recién llegado o «perro», como llamaban a los advenedizos, tuvo que soportar que lo insultaran, lo humillaran, le pegaran, le metieran la mano, lo obligaran a masturbarse de pie, al lado de otros compañeros, de otros «perros», a ver quién eyaculaba más lejos. Con los golpes salvajes que recibió de sus mayores, de sus superiores en el colegio militar, había aprendido también a darlos. A pesar de que sus compañeros del internado lo consideraban tímido y ensimismado, lector afiebrado, también lo respetaban porque el cadete Vargas Llosa sabía defenderse con los puños, no era blandito, cobarde, apocado ni pusilánime, era orgulloso y valiente, no le hacía ascos a una buena riña callejera, estaba dispuesto a sangrar por la boca y la nariz y hasta perder dos dientes, él, el de la sonrisa de conejo, si su honor y su hombría estaban en juego.

—Carajo, el cadete me noqueó —dijo García Márquez, sacándose el bisté del ojo morado—. Pega duro el cabrón. Pega como boxeador.

Vargas Llosa había derribado a golpes a varios cadetes en el colegio militar. Sabía pelear. Sabía reunir toda la fuerza en una mano, convertir el puño en una granada y hacerla estallar en el rostro de su enemigo díscolo, insolente. Cuando aprendió a pelear, dejó de tenerle miedo a su padre, Ernesto Vargas, a quien odiaba. Lo odiaba porque era un padre cruel, mezquino, miserable, que solía insultarlo, rebajarlo, decirle que era una mariquita, un hijito de mamá, un llorón. Sentía que su padre era un enemigo, un extraño. Sentía que su padre lo miraba con asco o con desprecio o con tristeza, como si fuese un hijo fallido, defectuoso, no el hijo machote que él quería tener. Por eso lo metió al colegio militar, a ver si aprendía a hacerse hombre. Y Vargas Llosa aprendió con las palizas, mientras le aporreaban sus mayores, encajaba trompadas asesinas, recibía salivazos cuando se hallaba tendido en el suelo, de paso conocía insultos, procacidades, expresiones soeces que, hasta entonces, niñato de Miraflores, ignoraba. Y una vez que aprendió a trompear con los más grandes y los más fuertes, y a tumbarlos de un golpe impregnado

de todas las iras de este mundo emputecido, se atrevió a confrontar una noche a su padre, a su propio padre. Escuchó los gritos de su madre Dorita, comprendió que nuevamente el maldito de Ernesto estaba pegándole en el dormitorio conyugal y decidió que no podía seguir tolerando esa humillación. Entró en la habitación dando una patada a la puerta, se dirigió a su padre, lo miró con todo el odio que anidaba en su alma, cerró el puño y le arrojó una trompada, sólo una, que derribó a Ernesto Vargas, el marido abusivo, el padre tóxico, el hombre que vivía molesto, dejándolo privado en el suelo, sin conocimiento. Luego Vargas Llosa escupió un gargajo sobre su padre, tomó de la mano a su madre y le dijo:

—Nos vamos, Dorita. No vamos a seguir viviendo con este miserable. No voy a permitir que te pegue nunca más.

Y en efecto se fueron. Y no volvieron. Y aquella fue la última vez que Ernesto Vargas le pegó a su esposa Dorita en esa casa de Miraflores.

—¡Estúpido! ¡Imbécil! ¡Cretino! —le gritó Patricia a su esposo, apenas este entró en la habitación del hotel Génova—. ¿Qué le hiciste a Gabriel?

—Hice lo que tenía que hacer —dijo fríamente Vargas Llosa, que no esperaba encontrar a su esposa tan exaltada.

—¡Me has dejado como una idiota! —rugió Patricia—. ¡Esto va a ser un escándalo! ¡Todo el mundo va a saber lo que me hizo Gabriel!

—¡Pues que lo sepan! ¡Que sepan que es un traidor!

—¡Cretino! —siguió gritándole Patricia—. ¡Debiste consultarme, debiste avisarme!

—¡Me hubieras dicho que no lo hiciera, Patricia!

—¡Por supuesto! ¡Porque ahora me vas a convertir en el chisme de todo el mundo! ¡Me van a volver loca con lo que me hizo Gabriel!

—¡Los hombres arreglamos nuestros problemas así, a mano limpia, así que por favor cállate, que todo el hotel se va a enterar!

Patricia cogió un cenicero y se lo arrojó, pero Vargas Llosa lo esquivó a tiempo. Luego le tiró una lámpara en la cabeza. No

era la primera vez que la prima agredía al primo. Desde niña, le había arrojado vasos de agua helada para despertarlo, o sopas con fideos en la cabeza para zanjar una discusión, o le había volteado el rostro de una cachetada furibunda: cuando se enfadaba, Patricia era cosa seria.

—¡Cálmate! —le gritó Vargas Llosa—. ¿No te das cuenta de que le di una trompada a Gabriel porque te amo?

Patricia se quedó en silencio, furiosa, con ganas de abofetear a Vargas Llosa, de arañarle la cara.

—¿Por qué no vamos a comer algo? —sugirió el periodista Francisco Igartua.

Vargas Llosa, Patricia Llosa y Francisco Igartua bajaron por el ascensor y se acomodaron en un restaurante vecino al hotel.

—Un whiskey doble —pidió Patricia al camarero.

—A mí me trae dos vasos de leche —ordenó Vargas Llosa.

—¿Leche? —preguntó el camarero, incrédulo.

—Sí, dos vasos de leche —repitió Vargas Llosa.

El periodista y amigo de la pareja, Francisco Igartua, se permitió una risita. Enseguida dijo, burlón:

—Carajo, Mario, eres un personaje de película: eres el único escritor que prefiere tomar leche fría antes que un buen trago.

Dos días después, García Márquez visitó a su amigo, el fotógrafo Rodrigo Moya, en su casa de la colonia Nápoles, a eso del mediodía, y le dijo:

—Quiero que me hagas unas fotografías del ojo moro.

Moya besó a Mercedes en la mejilla, se acercó a Gabriel, le vio el ojo estragado, y preguntó:

—¿Qué te pasó Gabito?

—Pues estaba boxeando y perdí —dijo García Márquez.

—Fue Vargas Llosa —dijo Mercedes—. Es que Mario es un celoso estúpido. ¡Un celoso estúpido!

—¿Y eso por qué? —preguntó el fotógrafo.

—Yo no sé —dijo Gabriel—. Yo me acerqué con los brazos abiertos a saludarlo. Teníamos tiempo de no vernos, casi dos años, desde que se fue a Lima.

Moya empezó a hacerle fotos. Pero no quería que García Márquez saliese triste, afligido, castigado, víctima del tempera-

mento explosivo de Vargas Llosa. Quería verlo amoratado y contento, jodido y sonriendo. Por eso le dijo:

–Oye, qué buen putazo te dio el peruano, ¿qué se siente?

Entonces Gabriel sonrió y Moya tomó la foto que se haría famosa, muchos años después.

–Mándame un juego y guarda los negativos –le dijo García Márquez, antes de irse.